

Sánchez García, Victoria Paz; Rueda, Leopoldo

Nuevos brotes en la tradición pragmatista

EN: V. M. Colapietro (2020). Acción, sociabilidad y drama : Un retrato pragmatista del animal humano. La Plata : Edulp. pp. 148-156

*Sánchez García, V.; Rueda, L (2020). Nuevos brotes en la tradición pragmatista. EN: V. M. Colapietro. Acción, sociabilidad y drama: Un retrato pragmatista del animal humano. La Plata : Edulp. pp. 148-156. En Memoria Académica. Disponible en:
<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.4629/pm.4629.pdf>*

Información adicional en www.memoria.fahce.unlp.edu.ar



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0>

VINCENT M. COLAPIETRO

Acción, sociabilidad y drama

Un retrato pragmatista del animal humano




EDITORIAL DE LA UNLP

debates

Acción, sociabilidad y drama.
Un retrato pragmatista del animal humano

Acción, sociabilidad y drama.
Un retrato pragmatista del animal humano

VINCENT M. COLAPIETRO



Colapietro, Vincent M.

Acción, sociabilidad y drama: un retrato pragmatista del animal humano /
Vincent M. Colapietro. - 1a ed. - La Plata: EDULP, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-8348-54-4

I. Filosofía. I. Título.

CDD 199.82

**Acción, sociabilidad y drama.
Un retrato pragmatista del animal humano**

VINCENT M. COLAPIETRO



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 44-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-987-8348-54-4

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2020 - Edulp

Impreso en Argentina

*Every case of consciousness is dramatic;
drama is an enhancement of the conditions of consciousness.*

John Dewey, EXPERIENCE AND NATURE.

*Cada caso de conciencia es dramático;
el drama es el enaltecimiento de las condiciones de la conciencia.*

John Dewey, EXPERIENCIA Y NATURALEZA.

Índice

Prólogo , por <i>Cristina Di Gregori, Federico E. López</i> y <i>Livio Mattarollo</i>	7
Introducción	14
Capítulo 1	
La actualidad de la filosofía pensada una vez más	31
La filosofía como rodeo: drama, crítica y compromiso, <i>comentario de Federico E. López</i>	54
Capítulo 2	
La vida “interior” del yo social: agencia, sociabilidad y reflexividad ..	66
Breve nota sobre la génesis, la posibilidad y los límites de la interioridad social, <i>comentario de José Jatuff</i>	84
Capítulo 3	
Auto-comprensión y re-narración. Reflexiones peirceanas sobre dos temas contemporáneos	92
Falibilismo, auto-comprensión y un renovado componente escéptico, <i>comentario de Cristina Di Gregori y Livio Mattarollo</i>	114
Capítulo 4	
Las raíces trágicas del pragmatismo jamesiano	123
Nuevos brotes en la tradición pragmatista, <i>comentario de Victoria Paz Sánchez y Leopoldo Rueda</i>	148
Capítulo 5	
Primera persona del plural. Hacia una concepción pragmatista de la Agencia Comunitaria	158
Una lectura ficcional de la primera persona del plural, <i>comentario de Analía Melamed</i>	180
Epílogo	
Una penúltima palabra	187
Vincent M. Colapietro, el retrato de un filósofo pragmático y proteico, por <i>Nicolás Parra-Herrera</i>	189
Comentaristas	218

NUEVOS BROTES EN LA TRADICIÓN PRAGMATISTA

Por Victoria Paz Sánchez García y Leopoldo Rueda

En “Las raíces trágicas del pragmatismo jamesiano”, Vincent Colapietro nos pone frente a uno de los aspectos más relevantes de nuestra existencia que, sin lugar a dudas, resulta urgente volver a tematizar hoy en día: la dimensión trágica de la vida. Siguiendo a Hook, Colapietro presenta el sentido de lo trágico como un fenómeno moral, vinculado a un sentimiento de pérdida significativa e irrevocable y, por lo tanto, triste e irremediable. De este modo, la tragedia está unida a la experiencia de la muerte de ciertas posibilidades que impactan en la conformación del yo.

La intención de Colapietro es subrayar la necesidad de recuperar este tema para la reflexión filosófica actual, puntualmente desde una corriente de pensamiento todavía viva y en desarrollo que se ha caracterizado por centrar su foco de análisis en la experiencia humana: el pragmatismo clásico norteamericano. Un movimiento que, en su propia historia, representa el proceso mismo de superación de la pérdida pero que, no obstante, ha recibido reiteradamente la crítica de no asumir adecuadamente las dimensiones trágicas de la existencia humana.

La pregunta que organiza el texto es si, efectivamente, el pragmatismo en general y el pragmatismo jamesiano en particular, son compatibles con un sentido de lo trágico. La respuesta de Colapietro es, por momentos, contundente: el pragmatismo no solo exhibe una cierta impaciencia, rechazo o indiferencia frente al tema, sino que, en general, carece de los medios adecuados para expresar el proceso transformativo de superación de la pérdida irrevocable. El autor argumenta que, no obstante, el pragmatismo jamesiano sí presenta una cierta sintonía con un sentido de lo trágico cuyas raíces conducen al interior profundo de la condición humana, asociada al problema existencial de lo que James denomina “el alma enferma”, la situación agonizante del yo dividido. En este sentido, aunque no llega a afirmar que posea por completo los recursos para dar voz a esta sensibilidad, Colapietro muestra que fue William James quien entendió mejor que el resto de los pragmatistas que somos sujetos autoescindidos y que hay experiencias trágicas que demandan rituales, más que inteligencia; y pone de relieve que la defensa jamesiana de la religión incluye, en su centro, un reconocimiento distintivamente religioso de la tragedia.

Lejos de considerar a esto como un fracaso singular, Colapietro entiende que ninguna corriente de pensamiento viva y en continua revisión y desarrollo puede responder de manera completa a sus problemas centrales. De hecho, considera que es la tarea propia de la filosofía expresar creativamente, y con voz propia, la experiencia humana en todas sus dimensiones y variedades, procurando los recursos necesarios para ofrecer una mejor respuesta a los desafíos pendientes de las tradiciones vivas de pensamiento. Para el caso del pragmatismo, estos desafíos aún vigentes giran en torno a la necesidad de elaborar una explicación más completa de la experiencia, que pueda dar cuenta adecuadamente de las dimensiones trágicas de la existencia humana, del trabajo de duelo, de la cuestión de la narración y del problema de la estupidez o del fracaso humano. La vitalidad y relevancia del pragmatismo depende de su capacidad para abordar tales desafíos, más específicamente, “para proveer una aproximación incluso

más profundamente pragmatista... de la irreductible variedad de las experiencias humanas” (p. 127).

Ahora bien, ¿por qué una cabal comprensión de lo trágico constituye una problemática vigente y de relevancia? Colapietro cita a Cornel West para señalar que, en un momento de derrota, desilusión y desazón como el nuestro, tener un sentido profundo de lo trágico y del mal resulta vital en la medida en que promueve una lucha por la justicia, por mantener vivo algún sentido de posibilidad, de esperanza, de agencia y de resistencia. Resulta necesario, entonces, que el pragmatismo contemporáneo responda creativamente a estas exigencias actuales y asuma “el desafío de cumplir la promesa del pragmatismo, incluso más dramáticamente de lo que se ha hecho hasta ahora” (p. 126).

A nuestro modo de ver, el propio capítulo de Colapietro representa nada más y nada menos que el compromiso filosófico de recoger parte de estos desafíos desde y para el pragmatismo contemporáneo, de ponerlos en agenda a partir de un análisis crítico constructivo y de plantear líneas de continuidad para el desarrollo de una filosofía actual más completa. En este sentido, su colaboración constituye un aporte sustancial y una valiosa guía para orientar las investigaciones de quienes continuamos trabajando en la filosofía desde una perspectiva pragmatista. Por ello, porque entendemos que Colapietro está efectivamente asumiendo esta tarea, es que nos interesa dejar planteado un breve comentario que persigue el propósito de profundizar en algunos puntos significativos de su posición.

En primer lugar, resulta acertada e incisiva la afirmación del filósofo de que “[u]na explicación convincente de la inteligencia debe incluir un diagnóstico imperturbable de la estupidez”(p. 130); y coincidimos con Colapietro en que el pragmatismo, si bien no carece completamente de los elementos teóricos para reconstruir una respuesta a esta cuestión, no ha desarrollado puntualmente los recursos que permitan elaborar un diagnóstico social y político adecuado de lo que, sin dudas, es la contracara real, concreta y actual de la inteli-

gencia humana: la estupidez que muchas veces promueve y acaba en la muerte de las posibilidades, en la tragedia.

En este capítulo, el autor afirma que el énfasis y el compromiso que el pragmatismo manifiesta con respecto a la inteligencia y a la experiencia no le han permitido ofrecer una explicación más profunda de lo que él registra como un fracaso humano generalizado. Si, tal como ha sostenido Peirce, la inteligencia es la capacidad del ser humano de aprender de la experiencia, no se entiende entonces lo que, según Colapietro, es un hecho sobresaliente e innegable de la especie humana: su incapacidad, rechazo o falta de disposición para aprender de sus transacciones con el mundo y su cotidiano bloqueo del camino de la investigación y de la experiencia. Somos, según el filósofo norteamericano, sujetos que se autoboicotean, que fracasan y perpetúan sus propios conflictos no solo porque existen condiciones externas desfavorables, sino también, y principalmente, por cuestiones internas no resueltas. La estructura de la experiencia es fundamentalmente dramática y lo que prevalece no es tanto la inteligencia experimental como la estupidez. En palabras de Colapietro: “Lo que aprendemos de la experiencia... es que una y otra vez no logramos aprender de ella. Esta incapacidad requiere una explicación más matizada, penetrante e imaginativa que cualquier cosa que encontremos en la tradición del pragmatismo” (pp. 129-130).

En este marco, nos resulta importante esclarecer dos puntos fundamentales: en primer lugar, ¿qué interpretación subyace respecto de la idea de estupidez humana y de fracaso generalizado? ¿Fracaso con respecto a qué valores o fines? Y, en segundo lugar, ¿cuál es el vínculo o conexión que establece Colapietro entre la estupidez y la tragedia humana? ¿Cuáles son sus implicancias para una propuesta normativa pragmatista? Un sentido de lo trágico en el marco del pensamiento pragmatista nos debería ofrecer criterios para poder distinguir entre consecuencias desafortunadas de las acciones debidas al aspecto trágico de la vida y consecuencias desafortunadas de las acciones debi-

das a falta de inteligencia o irracionalidad deliberada. Permítasenos contextualizar mejor estas cuestiones.

Clarence Irving Lewis, según Murray Murphey (2005) “el último gran pragmata”, presenta en sus obras tardías una distinción entre *inteligencia* y *racionalidad* y afirma que, si bien constituyen dos caras de una misma moneda, es necesario e importante distinguirlas a los fines de establecer la responsabilidad que conlleva la falta de cada una de ellas. Lewis define la inteligencia como la capacidad de elaborar los mejores consejos de acción; mientras que la racionalidad, por su parte, incluye a la inteligencia, pero supone *además* una dimensión normativa insoslayable: ser racional es conocer cuál es el consejo inteligente de acción y, consecuentemente, *decidir autorregular la propia conducta en función de él* (cf. Lewis 1955, 1957, 1969). De este modo, quien conoce cuál es la mejor decisión a tomar, pero no la toma, es irracional o perverso. Así, mientras la estupidez o falta de inteligencia resulta —según Lewis— inimputable, la irracionalidad supone niveles de perversión que merecen ser distinguidos y condenados.

Desde esta perspectiva, podría pensarse que el problema del fracaso humano generalizado radica no tanto en la estupidez de sujetos que no aprenden de la experiencia, sino en la irracionalidad o perversión de sujetos que, conociendo el mejor curso de acción, deciden en función de valores o intereses arbitrarios. Entonces, no sería tanto la estupidez sino la perversión humana y sus consecuencias trágicas lo que el pragmatismo debería poder explicar adecuadamente. Las guerras y colonizaciones; la discriminación de raza, clase y género; la dominación política y económica; la manipulación mediática; la concentración de la riqueza y la extrema pobreza; el hambre y la enfermedad; la contaminación ambiental y los ecodios; y, de algún modo, todas estas miserias juntas puestas de manifiesto en la pandemia que asola al mundo a comienzos del 2020, son ejemplos de hechos actuales que, sin duda, conllevan un sentido trágico para nuestra existencia y que son el resultado directo o indirecto de una inteligencia humana puesta al servicio de agentes perversos.

En este marco, entonces, nos preguntamos si la distinción lewisiana puede enriquecer el análisis del problema de la estupidez humana al plantear la cuestión en términos de irracionalidad más que de falta de inteligencia. De este modo, el énfasis estaría puesto en el desafío de dar cuenta no solo de las formas de lidiar con lo trágico y superar nuestras pérdidas irrevocables, sino también en el desafío ético de comprometernos con evitar las tragedias —en la medida de lo posible—, a partir de una conciencia de la experiencia temperada por el sentido trágico de la vida. Parafraseando al propio Colapietro, se trataría de *templar y tutelar nuestra inteligencia con un sentido de lo trágico que nos facilite llegar a términos más honestos con las condiciones reales de la existencia humana*.

En este sentido, entendemos que el pragmatismo se ha enfocado insistentemente en la inteligencia creativa porque su preocupación central ha sido la acción humana, tratando de determinar cómo esta puede adecuarse mejor a sus propósitos. Esto se ve muy claramente en la filosofía deweyana. Sin tratar de agotar esta cuestión, podría señalarse que en Dewey el problema es, más bien, qué hacer con la tragedia o, para decirlo en palabras de Colapietro, con las condiciones reales de nuestra existencia. Esta misma cuestión es central en el capítulo primero de este libro: “de lo que se trata es de averiguar qué es lo que ha de hacerse”. En esta línea, entonces, podría afirmarse que la filosofía de Dewey se ocupa más de remediar lo trágico de modo tal que no vuelva a producirse que de dar cuenta de ello. Veamos esto un poco más en detalle.

Lo trágico parece definirse en Colapietro desde una visión retrospectiva, enlazada al pasado y lo irremediable del mismo: la pérdida que no puede salvarse. De alguna manera, la noción deweyana de experiencia y la insistencia en su recuperación como noción filosófica central, no solo tiene que ver con una descripción de lo que la experiencia ha sido, en la que la estupidez y la tragedia —como bien registra Colapietro— están presentes, sino también con un acento fuertemente ligado a lo que la experiencia *podría ser*. Así, se vuelve

central la noción de inteligencia precisamente en la consideración de que la experiencia no está trágicamente condenada a repetirse, sino que, indagando sobre ella, podemos advertir que las posibilidades (y no solo las necesidades) están allí. En este sentido, el concepto de inteligencia no puede ser desligado, por lo menos en Dewey, de la noción de creatividad. Y esto es algo que Dewey considera en términos morales estrictos: se trata del vínculo entre nuestras decisiones y el orden de consecuencias a los que se quiere y desea dar lugar. Es por ello que en *Teoría de la vida moral* (1965) presenta la idea de que la deliberación moral trata acerca de *en qué clase de sujetos habremos de convertirnos*. En otras palabras, lo irremediable de la tragedia vista en retrospectiva nos pone en la tarea de evitar que lo que ocurrió no vuelva a acontecer.

Theodor Adorno (1999), de quien nadie dudaría que hizo de la gran tragedia humana el índice de toda su filosofía, sostuvo que el campo de concentración ponía a la humanidad frente a un nuevo imperativo categórico: que Auschwitz no se repita. Porque lo que está de fondo es que Auschwitz aconteció, como otras tragedias, pero sobre todo *que puede volver a acontecer*. El acento deweyano en la inteligencia implicaría aquí una indagación en lo que hemos hecho o en lo que podríamos haber hecho para que una tragedia no acontezca. Parece haber de fondo dos sentidos de lo trágico: en el sentido que le otorga Colapietro, trágico es lo inevitable; en el sentido deweyano, trágico parece ser que repitamos lo que podríamos haber evitado. En el primero, se juega un sentido de la renuncia, mientras que, en el segundo, se jugaría un rechazo a aceptar la idea de la muerte de todas las posibilidades. Por ello, Dewey adscribe a la experiencia humana la cualificación de ser dramática (cf. 1948, 2008), es decir, la de ser un escenario en el cual las posibilidades de dar lugar a otros escenarios de vida están siempre abiertas, aun cuando su éxito no esté asegurado. Resumiendo, en Dewey la experiencia de la tragedia es la que demanda el uso de una inteligencia informada de cierta esperanza a la que no puede renunciarse; porque la experiencia no puede signi-

ficar simplemente el pasado, el dato clausurado, sino aquello que se abre hacia el futuro en una plenitud de potencialidades. La experiencia misma, inteligentemente considerada, puede proveer los recursos para abrir trincheras.

Sin embargo, y a pesar de este acento quizás demasiado esperanzador de la filosofía deweyana, el punto sobre el que se asienta Colapietro sigue siendo inexpugnable: no siempre hemos sido inteligentes, muchas veces hemos sido más bien estúpidos; pero incluso, de no haber sido así, aceptar la falibilidad humana conlleva aceptar que la tragedia no es ni puede ser siempre evitable. En eso consiste, precisamente, el sentido de lo trágico.

Es necesario asumir un sentido de la renuncia; hacerse cargo de la tragedia, expresarla y darle sentido antes que solución; permitirse con aplomo un trabajo de duelo para llegar a términos más honestos con las condiciones reales de nuestra existencia. En este momento de derrota, incertidumbre, desilusión y desazón como el que vivimos hoy, tener un sentido profundo de lo trágico y del mal resulta vital para iluminar la estupidez y la irracionalidad del ser humano. Solo así puede templarse una conciencia ética inteligente que promueva una lucha por la justicia, por mantener vivo algún sentido de posibilidad, de esperanza, de agencia y de resistencia.

Referencias bibliográficas

- Adorno, TH. W. (1999). *Dialéctica Negativa*. Traducción J. M. Ripalda. Madrid: Taurus.
- Dewey, J. (1965). *Teoría de la vida moral*. Traducción de Rafael Castillo Dibildox. México: Herrero Hermanos.
- Dewey, J. (1948). *Experiencia y naturaleza*. Prólogo y traducción de José Gaos. México: FCE.
- Dewey, J. (2008). *El arte como experiencia* (Primera edición: 1934). Prólogo y traducción de Jordi Claramonte. Barcelona: Paidós.
- Dewey, J. (1952). *La busca de la certeza*. Traducción: Eugenio Imaz. México: FCE.

- Lewis, C. I. (1955). *The Ground and Nature of the Right*. New York: Columbia University Press.
- Lewis, C.I. (1957). *Our Social Inheritance*. Bloomington: Indiana University Press.
- Lewis, C. I. (1969). *Values and Imperatives*. Studies in Ethics. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Lewis, C. I. (1970). *Collected Papers of C.I. Lewis*. (J. D. Goheen & J. L. Mothershead, Eds.). Stanford: Univ. Press.
- Murphey, M. G. (2005). *C.I. Lewis: the last great pragmatist*. Albany: State University of New York Press.